



RESEÑA

LA ÉTICA DE UNA ESCRITURA

ANTONIO ÁLVAREZ DE LA ROSA



Juan Pedro Castañeda, *Público y privado (tomo II). ...Y sin embargo*. Ediciones Idea. Colección Narrativas, 2008.

El rostro mineral, los silencios graníticos de Juan Pedro Castañeda pueden llegar a inquietar, pero solo a quien se le acerque enmascarado tras la frivolidad. Como persona no admite la estupidez ni los cañonazos de la ambición y de la impostura. Como escritor o como cinéfilo sí, porque no ignora que esos son componentes esenciales de la condición humana. No es o procura no ser dogmático. Como dice Flaubert, no concluye. El autor de *Madame Bovary* lo dice mejor en una de sus cartas: “La rabia de querer concluir es una de las manías más funestas y más estériles de la humanidad. Cada religión y cada filosofía han querido apoderarse de dios, delimitar el horizonte y conocer las recetas de la felicidad”. Como buen novelista, J.P. Castañeda no juzga, procura comprender a sus personajes, porque posee la ternura escondida y la impasibilidad de quien sabe que la realidad no es moco de pavo humano o social. Es poeta, como demuestra la calidad de sus poemarios, pero me inclino a pensar que, sobre todo en los últimos años de su andadura literaria, se ha aferrado a la novela como la mejor forma de interrogarse sobre el mundo que le rodea. Es, como Samuel Beckett –su parentesco físico salta a la vista– un escritor

erizado que utiliza, como d. Quijote el bálsamo de Fierabrás, la escritura. Eso sí, sin suavizar la mirada sobre su entorno.

La novela que hoy presentamos es, para empezar, inusual, no solo en Canarias. Por aquello de las exigencias del mercado –¿quién es ese d. Mercado que tanto nos limita?–, los novelistas han enflaquecido sus historias. Al parecer, los lectores están dispuestos a embarcarse en el mar de la lectura en lanchas más o menos rápidas, pero no en trasatlánticos. De ahí la primera sorpresa. Editado en dos volúmenes, se trata de un libro de más de 500 páginas. No soy, ni de lejos, un experto en la literatura escrita en Canarias, pero creo que son muy escasos los novelistas que intentan, desde la ficción y desde la universalidad de lo que cuentan, radiografiar una etapa y una parcela social y política reconocibles como nuestra, pero, insisto, sin canariedades cómplices, sin localismos costumbristas. Nada nuevo, desde luego, porque las novelas de Juan Pedro Castañeda solo son insulares por el lugar en que han sido escritas.

Lo que sí me parece evidente en su ya larga trayectoria es la capacidad de riesgo que asume. Es una obviedad, pero hay que machacar en el yunque de lo sabido. La primera condición de un creador es pasearse por el filo de la navaja de lo diferente, intentar encontrar nuevos caminos para decir lo de siempre, lo que casi nunca queremos conocer: las tripas de nuestra forma de ser individual y social. Y para eso hay que innovar. No para *épater le bourgeois*, para dejar falsamente estupefacto al bienpensante, si me permiten esta libérrima traducción de la conocida expresión francesa. Lo hace para quitarle la cáscara engañosa al tópico, a la comodidad de lo archirepetido. Se arriesga porque su brújula de escritor le lleva, inexorablemente, a descubrir nuevos caminos. Desde *Territorio del padre* –la memoria hecha novela– a *Público y privado* –el análisis tiernamente duro de ambiciosos y fracasados–, pasando por la angustia existencial y el aislamiento en *Muerte de animales* o la querencia del poder y el cambio de chaquetas de *En el reducto*, está siempre presente la búsqueda de otra forma de decir las cosas. Aunque sea, repito, una obviedad, inherente a todo artista, hay que felicitarse por ello en un tiempo en el que la inercia escritora, que no escritora, es el motor principal de tantos libros publicados. Creo que en el conjunto de su obra hay un punto de fusión inusual, no solo en la actualidad, pero desde luego quizá hoy más que nunca: Castañeda se plantea la escritura en términos éticos. Por un lado, su incansable trabajo quizá contra sí mismo, quiero decir contra la facilidad que a todos nos acecha, contra el acomodo encallecido que, en apariencia, nos facilita la vida o nos instala en el trampolín del éxito, aquel desde el que solo se salta para sumergirse en una piscina bien llena y bien calentita. Por otro lado, la consecuencia de esa primera actitud, la búsqueda de la necesaria armonía entre sus exigencias formales, digamos, y las que practica, como decía Marcel Proust, en su quehacer social, intelectual y vital.

Juan Pedro Castañeda ha tenido la osadía de escribir una novela sobre, entre otras cosas, la política y el periodismo. En el frontispicio de su obra figura una conocida reflexión de Stendhal en *El rojo y el negro*: “la política, en medio de los asuntos de la imaginación, es como un pistoletazo en medio de un concierto” (Dicho sea de

paso, en el original no dice “en medio de los asuntos”, sino “en medio de los intereses”; tampoco dice “como”, sino directamente “un pistoletazo”. Pelillos a la mar de la traducción...). Tras la lectura de *Público y privado* y de comprobar la literalidad de la cita, recordé que poco después, Stendhal añade: “si sus personajes no hablan de política, dejan de ser franceses de 1830 y su libro ya no es un espejo” (Entre paréntesis y sin ánimo de dar la castaña erudita, alude aquí Stendhal a su también conocida definición de la novela: “un espejo que se pasea a lo largo de una carretera. Unas veces refleja en los ojos el azul del cielo y otras, el barrizal”). Sin embargo, esta novela de Castañeda me parece más emparentada con *Lucien Leuwen*, otra novela de Stendhal, menos conocida, desde luego, en la que, en el marco de la Revolución de 1830, aparecen umbilicados el amor y la política. Como uno tiende a arrimar la sardina de su formación al ascua de la lectura, *Público y privado* también me ha hecho recordar a *Ilusiones perdidas*, una novela de Balzac en la que aparecen enmarañados el mundo de la política, de la prensa y del periodismo. En resumen, buscándolo o no –supongo que sí, dado su conocimiento de los clásicos–, Castañeda mete el arado de su escritura por similares surcos que estos dos escritores franceses, además de buscar la alargada sombra de Galdós, escritor que, como ha demostrado, conoce muy bien. Hay dos citas del escritor grancañario que podrían servir como marco de *Público y privado*. La primera: “Por doquiera que el hombre vaya, lleva consigo su novela” (p. 18), o sea, la imposibilidad de despojarse de la trayectoria que llevamos almacenada en la mochila existencial, la atadura irrompible con el pasado que nunca deja de pasar. Esta especie de aforismo de Galdós se cumple en unos cuantos personajes de *Público y privado*. Desde Nico Benítez, el periodista amargo y amargado, hasta Saturnino Toledo, prohombre de la política, pasando por Herminio Ramos Rojas, muñidor y urdidor de las tramas del poder, y por el profesor de Literatura J.J. Sánchez, galdosiano y ambicioso, practicante de la praxis tan habitual de no dar puntada sin hilo. En este último, además de en otros personajes de la novela, se verifica esa otra reflexión de Pérez Galdós. El “Maestro”, como le denomina Castañeda, también escribe “Los bien relacionados lo esperan todo del pariente, a quien adulan, o del cacique a quien sirven, y rara vez esperan de sí mismos el bien que desean” (p. 120). Quizá entre esos dos mojones galdosianos está contenida *Público y privado*. Entre cada cual arrastra su sombra biográfica y la carpintería social, entre la imposibilidad de cambiarnos la cara que nos hemos forjado y el esqueleto de la condición humana, se mueven los personajes, atrapados en la jaula de su yo y de sus circunstancias.

No es una novela en clave, pero da en el clavo de personajes reconocibles en nuestro inmediato entorno sociopolítico, sencillamente porque son arquetípicos de la mentira, la demagogia, la incultura, la ceguera nacionalista, etc., que tanto abundan en el líquido amniótico que nos envuelve.

Castañeda no utiliza la escritura como un bisturí denunciador, ni por asomo su novela es un alegato contra la política y las alcantarillas del periodismo. Y no lo hace porque es un escritor, es decir, alguien que no ejerce de *Deus ex machina*, no se le

ocurre descender al escenario para rescatar al héroe o resolver la trama, como en el antiguo teatro griego. No trata de mejorar la inmejorable condición humana, se limita a iluminarla para que la conozcamos mejor, verdadera misión (con perdón) del buen novelista. Lo hace, además, procurando que planee sobre su obra la ironía, incluso la mordacidad, guiños cómplices al lector inteligente. Solo doy un ejemplo de los muchos entreverados entre páginas. Un brochazo del retrato de Hermoso Rojas, el todopoderoso nacionalista, pinta así su intelecto: “es tan justo que jamás se sale de la norma, a saber: tener pocas ideas pero muchas convicciones. Por otro lado, posee una enorme capacidad de síntesis: todo lo reduce a la nada. Y no se le puede negar que, como buen mago, encandila al pueblo hablándole de esencias” (II, p. 47).

Para acabar, otra obviedad al hablar de J.P. Castañeda. Escribe muy bien. Por supuesto, no voy a pretender definir aquí lo que eso sea. Me limito a constatar que abundan las páginas que, tras su lectura, merecen un aplauso. Aunque solo sea mentalmente, a veces me ocurre como a los espectadores de una ópera que interrumpen el curso de la representación y aplauden a los cantantes tras escuchar la interpretación de un aria. Podría citar varios pasajes en los que me detuve y le ovacioné. Por ejemplo, en la página 30 del primer tomo: “¿La muerte tiene más entidad que el amor? Pienso que los dos dejan el mismo vacío, una por su presencia y el otro por su ausencia (...) Lo que quiero decir se parece a que la muerte es nítida, rotunda y permanente, mientras que el amor es confuso y voluble. Éste se va, dejando unas cenizas. Aquélla viene en forma de polvo. ¿Qué es preferible? ¿Las cenizas puesto que son un signo de algo que ha ardido o el polvo que nos devuelve a la nada?”.

Quiero, para terminar, agradecer a Juan Pedro Castañeda la muestra de amistad y de confianza crítica que ha tenido conmigo. Soy consciente de que en poco puedo ayudar a que su novela se difunda, pero me tranquiliza saber que he leído una obra al menos excepcional en nuestro entorno. Aunque, insisto, no conozco bien la producción novelística hecha en Canarias, sospecho que son muy raros los escritores que, tras años de trabajo, se atreven a ofrecernos una radiografía del mal que nos aqueja, a contarnos, desde la ficción, el galimatías político, social y sentimental en el que andamos metidos, aquí, allá y acullá. El suyo es un esfuerzo creador poco corriente. No solo en Canarias, pero desde luego aquí, donde no abunda, precisamente, el trabajo sostenido, silencioso, alejado de los proscenios mediáticos y de las capillas culturales. No sé a través de qué circuitos neuronales, mientras escribo he recordado lo que hace unos años me dijo d. Alejandro Cioranescu –aquel sabio y erudito rumano que tan bien nos llegó a conocer–, cuando, de manera suavemente diplomática, quiso definirme a la sociedad canaria: “En pocos sitios he visto tantas mentes brillantes como aquí. Lo malo es que casi todas se mueren al mediodía”. La lucidez de Juan Pedro Castañeda está en ese “casi”, o sea, nada tiene que ver con esa síntesis de nuestra dejadez y resignación. De ahí que me sienta como un privilegiado por poder, cuando menos, convertir esta presentación en una invitación a leer, en la intimidad, su *Público y privado*.